

"La única posibilidad de un incremento virtuoso de la consciencia es a través de la corresponsabilidad que implicaría un proceso constitucional"

Juan Carlos MONEDERO



Ilustración: David Miedes Casas

Juan Carlos Monedero es profesor titular en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid y director del Departamento de Gobierno, Políticas Públicas y Ciudadanía Global del Instituto Complutense de Estudios Internacionales. Entre sus principales obras, destacan "La constitución destituyente de Europa: Claves para otro debate constitucional" (2005. Madrid: Catarata), "El gobierno de las palabras: Política para tiempos de confusión" (2009. Madrid: Fondo de Cultura Económica), "La transición contada a nuestros padres" (2011. Madrid: Catarata) o "La rebelión de los indignados" (VV.AA. 2011. Madrid: Editorial Popular). Es colaborador de la tertulia política La Tuerka, de TeleK, y autor del blog Comiendo Tierra.

En los últimos años ha ido calando en los medios de comunicación la idea de que hay reformas que se deben emprender en Europa para, de algún modo, volver a la normalidad; para salir de la crisis. Sin embargo, en una crisis sistémica como la que vive Europa en todos sus niveles, parece difícil que la salida dependa simplemente de realizar los ajustes necesarios para mejorar la gobernanza económica de la zona Euro. ¿Son las reformas una refundación encubierta de la Unión Europea?

Creo que la refundación real de la Unión Europea es el Tratado de Maastricht, que rompe con el marco que se había construido desde finales de la Segunda Guerra Mundial y con lo que siempre había sido el anhelo de Europa desde posiciones emancipadoras. Rompe con la idea de construir una Europa guiada por la complementariedad, por la solidaridad y no sobre la idea de compartir

mercados y recursos económicos sobre la base capitalista. No hay que olvidar que el Tratado se aprueba en 1992, tras una década de hegemonía neoliberal que se prolongaba desde 1978, cuando Juan Pablo Segundo gana las elecciones vaticanas y tras el cual vendrían Margaret Thatcher, Reagan y Kohl, y va a afectar a la propia socialdemocracia. Cuando gana Felipe González en 1982 ya van a asumir presupuestos liberales y neoliberales.

Para la creación de una moneda única, el Tratado de Maastricht establece una serie de variables netamente cuantitativas y monetaristas, como el déficit, la inflación y la deuda. Del mismo modo, desdeña cualquier tipo de referencia al crecimiento y al empleo, entrega autonomía al Banco Central Europeo y establece las bases de lo que hoy verificamos como uno de los profundos problemas, que es el Pacto de Estabilidad. Todo esto marca un punto de inflexión, puesto que entregaban a la parte más netamente propia del capitalismo financiero una hegemonía dentro de la Unión Europea. Tan es así que prácticamente en toda Europa hubo una disensión desde la propia socialdemocracia criticando el Tratado de la Unión Europea, con la salvedad de España.

“La refundación real de la UE es el Tratado de Maastricht, que rompe con el marco que se había construido desde finales de la Segunda Guerra Mundial y con lo que siempre había sido el anhelo de Europa desde posiciones emancipadoras”

Es en ese momento en donde la Unión Europea se va a poner al servicio de los intereses financieros, de los que persiguen la desregulación y de los que sitúan la idea de la competencia por encima de la oferta de bienes públicos por parte de los Estados, convirtiéndose de pronto en el zorro en el gallinero. Ahí es donde se rompe realmente el pacto, aunque, como sabemos en ciencias sociales, los efectos son más lentos. Ahora mismo, veinte años después, vemos cómo se están

desmantelando lo que fueron las señas de identidad de Europa. La posibilidad de hacerlo estaba inscrita en Maastrich. Posteriormente, tuvo su intento de *constitucionalización* en el proyecto de Tratado que fracasó por los rescoldos de republicanismo franceses, sobre todo, pero que luego, en una lógica común, en un momento de crisis real del sistema, lo intentan solventar con un salto hacia delante que supone ya el enterramiento de la Europa que hemos conocido.

¿Qué ha pasado justamente en esta crisis? ¿Por qué se ha tardado tanto en ver los efectos de Maastricht?

Maastricht enmarca las medidas que se pusieron en marcha inmediatamente y las que tuvieron que esperar a aplicar, en función de un tira y afloja en la relación con la ciudadanía. Fue un intento que demuestra la hegemonía y el envalentonamiento que supone pretender que la gente aceptara, luego, en una suerte de Tratado constitucional, la propia limitación de las posibilidades emancipatorias de la UE, con una parte de zanahoria europeísta y otra de grueso palo neoliberal¹. Eso fracasa, pero no implica que después, por la fuerza de los hechos, se vaya aplicando. Creo que la UE ha dejado de respetarse a sí misma cuando, a través de comisiones secretas, de encuentros cerrados y de misivas que no pueden ser conocidas por el gran público, se fuerza a gobiernos a renunciar a su Estado social, se cambian presidentes de gobierno, se coloca a testaferros de Goldman Sachs en la presidencia de gobiernos al margen de las elecciones. Así, Europa se convierte en una caricatura de sí misma, en manos de políticos que responden a los intereses del gran sector financiero europeo que, como sabemos, es el que les va a dar empleo una vez que salgan del sector público en esa puerta giratoria terrible en la que se ha convertido la relación entre la política y las grandes empresas

¹ En referencia a MONEDERO, Juan Carlos (ed.). 2005. *La constitución destituyente de Europa: Razones para otro debate constitucional*. Madrid: Catarata.

transnacionales, sobre todo energéticas y financieras.

¿Está agotada la trayectoria iniciada en Maastrich?

Creo que desmantelar la Europa social no es tan sencillo. Lo que está claro es que solamente se consigue a través de conflictos que son derrotados. Ni siquiera Margaret Thatcher pudo desmontar todo el Estado social británico. Pero que ese es el programa ahora mismo encima de la mesa es absolutamente evidente. Uno de los rasgos actuales es, precisamente, la forma en que se plantea. Por ejemplo, cuando se dice que vivir mucho es un problema financiero o cuando se afirma directamente que sobra gente y que hay personas que tienen que ser excluidas. Ayer a través de guerras, hoy es a través de esa diferencia que hay de esperanza de vida entre la gente con empleo fijo, vivienda y servicios sociales y la gente que no los tiene y que puede tener una esperanza de vida de diez o quince años menos. A través, otra vez, de la emigración. A través de la enfermedad, con esa negativa a acceder a los servicios de sanidad. Todo eso constituye un conflicto terminal. A veces uno tiene la sensación de que los únicos marxistas de Europa son las grandes empresas transnacionales y el sector financiero, puesto que están aplicando con dureza una guerra de clases. Ya dijo Warren Buffet que existía y la iban ganando ellos.

Así, lo que en 1992 eran grandes lineamientos, a día de hoy se están aplicando. Cuando menos, desde finales de los sesenta. En 1969, el Memorandum Powell – elaborado por el que luego sería nombrado por Nixon juez del Tribunal Supremo – establece la hoja de ruta de los republicanos norteamericanos frente a lo que entendían que era el sentido común norteamericano, que en aquel momento identificaban como demócrata y vinculado a mayo del 68, a la lucha contra la Guerra de Vietnam, a los derechos de las mujeres y de los negros. Powell plantea que tienen que revertir esa tendencia, y de hecho lo lograron. El documento

de máximos del liberalismo político, el informe de 1975 de Huntington, Watanuki y Crozier para la Trilateral, también se ha cumplido al 100%. El programa de máximos del liberalismo económico, el Consenso de Washington, que sintetiza Williamson en 1989 y sale como documento al año siguiente, también ha logrado sus objetivos.

Lo mismo pasa con el Tratado de Maastricht, que es un documento donde plantean grandes lineamientos que ahora se están aplicando. En todos los casos, además, utilizando el mecanismo de la "doctrina del shock", visto con mucha inteligencia y astucia por Naomi Klein². Hay una voluntad de asustar a la ciudadanía para poder aplicar cosas que en circunstancias normales no sería tan fácil aplicar. Nadie de buen grado va a aceptar trabajar más horas y ganar menos, alargar su edad de jubilación, tener que pagar por los servicios sanitarios cuando ya está pagando impuestos, ver como sus hijos no pueden tener acceso a la universidad, ver la degradación de la escuela pública... Todo eso, uno no lo acepta de buen grado, a no ser que te hayan metido el miedo en el cuerpo. El último miedo es la crisis, por eso es también un lema inteligente decir que esto *no es una crisis, es una estafa*, porque de repente unos señores, que son los banqueros, son los que dicen que estamos en crisis. Reciben dinero público para después con ese dinero doblarle el brazo al propio sector público. España es un caso emblemático: antes de la crisis tenía superávit, ahora tiene déficit. Todo ese dinero es un trasvase a las élites, ya ni siquiera españolas sino mundiales, en esa suerte de lo que Williamson llama "gobierno transnacional" que se ha convertido en el gestor del interés de la minoría. Esto nos lleva a la idea central de que el conflicto está estallando. Una de las cosas que nos sorprenden a los científicos sociales es por qué no ha estallado ya el conflicto social a unos niveles más radicales, como el caso de Grecia. Cuando la gente no vea más luz, o bien interioriza el miedo

² KLEIN, Naomi. 2007. *La doctrina del shock: El auge del capitalismo del desastre*. Barcelona: Paidós.

y, por lo tanto, se deja ejecutar, o va a buscar salidas extremas, que van a ser, como hemos visto en Francia, escuchar los cantos de sirena neofascistas o encontrar una salida alternativa que nos permita recuperar una Europa basada en criterios solidarios, igualitario, y que responda a los lemas de la ilustración y de la Revolución Francesa, de libertad, igualdad y fraternidad.

¿Tiene que ver esto con las referencias que has hecho en otros espacios a una "constituyente europea"?

Claro, porque creo que el grado de deterioro del pacto social europeo y la rapidez en la que ha tenido lugar no nos permite pensar en ingenierías políticas que estén al margen de un incremento de la consciencia y de la corresponsabilidad ciudadana. La única manera de sentar las bases de un nuevo pacto social es a través de su defensa por parte de la ciudadanía, porque en el momento en que se planteen elementos de redistribución de la riqueza, del trabajo, de la vivienda... Se va a generar una enorme violencia por parte de esa nueva aristocracia, a la cual hay que arrebatarle su privilegio. Esas medidas solamente van a ser posibles si tienen un apoyo popular. Lo hemos visto en América Latina: tú no puedes tocar las estructuras de poder si no tienes al pueblo en la calle apoyándote. Si no, como estamos viendo en Egipto, al contrario: el pueblo sale de la calle y regresan las estructuras tradicionales. Solo con el pueblo en la calle se puede reinventar el pacto social. Como en la Comuna de París, con el pueblo en armas. La única posibilidad que veo ahora mismo de que haya un incremento virtuoso de la consciencia es a través de la corresponsabilidad que implicaría un proceso constitucional, donde la gente se vería en la obligación de plantear qué tipo de relaciones laborales quiere, qué jornada laboral, qué tipo de relación con la naturaleza, qué tipo de relación con la iglesia, qué tipo de relación con otros países del mundo, qué tipo de inserción en la globalización, qué tipo de trato con la inmigración, qué tipo de libertades civiles, etc.

Para ello, hay que romper con dos de los elementos terribles del modelo neoliberal. Uno genuino, que es el de decir que no hay alternativas. El otro, heredero del modelo liberal, que es el de dejar que te tutelén, dejar que te representen, dejar que otros se encarguen de la cosa colectiva para que te encierres en el ámbito privado. Eso ha agotado sus posibilidades y, por tanto, es momento de sentar las bases de un nuevo pacto. Cuando vemos que durante el siglo XX hemos tenido acceso a la ciudadanía a través de la condición de trabajadores y trabajadoras y vemos que hoy uno de cada cuatro quedan fuera de ese marco, hablamos de un número lo suficientemente amplio como para que nos interroguemos acerca de qué tipo de sociedad queremos. Ante la existencia de una socie-

“Se va a generar una enorme violencia por parte de esa nueva aristocracia, a la cual hay que arrebatarle su privilegio”

dad con un cuarto muy rico, un cuarto en la absoluta miseria y dos cuartos prácticamente sobreviviendo, viendo como horizonte pertenecer a ese cuarto que puede ir creciendo; creo esto que el corazón del debate debe ser en qué medida el cuarto, o el décimo, que sobreviva con el dinero de todos los demás va a ser capaz, a través de los medios de comunicación, de la iglesia, de las universidades y de su capacidad editorial, de convencer a los otros tres tercios de que su privilegio es bueno para el colectivo. Ese es uno de los elementos del neoliberalismo, porque si de repente entras en tu casa y ves que alguien se está llevando tu televisor y tu nevera, se lo impides a golpes. En cambio, cuando el banco que tasa las viviendas a la mitad de lo que valían te desahucia, la gente no reacciona. La gente todavía no se da cuenta de que todas esas rentas que eran colectivas y que permitían una sanidad y una educación públicas, se han traspasado como si fuera una aspiradora a sectores privados a través de, como decía, ese paso del superávit al déficit público que lo están pagando incluso los más pobres. Si la gente viera una relación causa-efecto entre su miseria y la ri-

queza de otros, creo que las condiciones revolucionarias estarían servidas. Como leí en un cartel el último 1 de Mayo: *si nos quieren esclavos nos van a encontrar revolucionarios*.

Esas condiciones pueden no darse porque de intermediario está un Estado que ya no está sirviendo a los intereses del pueblo. En este punto, me gustaría apelar a tu condición de teórico del Estado para preguntarte cómo trascender la existencia de una la *Europa de los Estados, o de los tratados*, para crear una constituyente del pueblo europeo.

Creo que la propia deslegitimación en la que están incurriendo las instituciones europeas, está permitiendo o posibilitando pensar cualquier cosa. Cuando hablamos de revolución, es un concepto que se aprehende difícilmente desde posiciones teóricas. Al final, revolución puede ser llamada la política de cambios vinculada a la redistribución de la renta en Venezuela o la revolución ciudadana en Ecuador. En este contexto, podemos usar la palabra cuando nos permita pensar de manera alternativa a la realidad. Creo que el alejamiento que experimenta la ciudadanía europea respecto de sus gobiernos, se multiplica en el caso de Bruselas porque está más lejos e invita más a la impotencia. Parece que el *mantra* "lo ha dicho Bruselas" se convierte en algo a la altura de "el sistema no me deja" o "se han terminado los plazos". Cuando ese tipo de afirmaciones suponen la negación de la vida de la ciudadanía, se está rompiendo el pacto social. Sabemos, cuando menos desde Hobbes, que el pacto social se rompe cuando el gobierno es incapaz de garantizar la vida de los ciudadanos, que es lo que está ocurriendo ahora. Al ver escenarios donde la gente se suicida y toma conciencia de que se le está rebajando su esperanza de vida por mor de los intereses de las minorías, llega un momento en donde van a decir no: no juego, no cumplo las reglas del pacto social.

Pero el escenario de violencia y reaccionario de los años treinta, ya lo conocemos. Esa es una po-

sibilidad: el capitalismo en crisis invita a soluciones fascistas. Es consustancial al propio sistema capitalista y al individualismo y al egoísmo que tiene detrás su lógica de funcionamiento. Lo importante es ver cómo podemos revertir eso. Por ello insisto en la idea de una constituyente que ayude a la gente a corresponsabilizarse. Es verdad que hay un elemento de fondo, que es una presunción optimista, sobre todo porque creo que sin una base de optimismo es imposible pensar en términos progresistas. Creo que son tiempos, como dice Boaventura de Sousa Santos, de pesimismo esperanzado. Pero tiene que ser esperanzado. Si no, el escenario al que nos veríamos abocados es uno de fascismo y de guerra.

“No vas a conseguir cambios por mucho que en vez de Barroso tuviéramos en la Comisión a una personalidad como fue en su día Jaques Delors. La solución no está ahí.”

La parte esperanzada tiene que ver con la confianza en que tenemos dos elementos que no había en los años treinta y que hoy nos permiten pensar la alternativa. Uno es que no hay una Unión Soviética como el enemigo revolucionario que armó conceptual y materialmente a la contrarrevolución fascista. El segundo es una horizontalidad de los medios de comunicación que no existía entonces, y que permite un conocimiento ciudadano que funcione como antídoto a esas salidas fascistas. De ahí la importancia tan radical del 15-M en España, puesto que es una vacuna frente a esas salidas fascistas.

No es tiempo de pensar en ingenierías jurídicas. No vas a solventar nada haciendo reales los poderes de codecisión del Parlamento Europeo. No vas a conseguir soluciones con una autoridad comunitaria menos anodina que la actual. No vas a conseguir cambios por mucho que en vez de Barroso tuviéramos en la Comisión a una personalidad como fue en su día Jaques Delors. La solución no está ahí.

En el fondo, como siempre, la esperanza de una Europa más decente tiene que ver con lograr interesar a la gente en sus propios designios vitales, puesto que si los intereses de la gente van a ser representados por políticos, estos van a encontrar nichos de representación a donde quiera que lleguen, y eso es muy peligroso. La crisis ecológica, energética, económica, poblacional, inmobiliaria, financiera... La crisis integral del sistema, es de tal envergadura que nos obliga a replantearnos un nuevo contrato social. Ese nuevo contrato social tenemos que pensarlo como han hecho los islandeses. Como se hizo en Venezuela, en Ecuador o en Bolivia: a través de la corresponsabilización de la gente.

¿Este proceso debe ser llevado a cabo a nivel estatal, europeo o a ambos?

Yo llevo planteando desde hace mucho tiempo que en cosmópolis, somos *idiotés*. Es decir, que la condición de idiota – que desde la Grecia clásica sabemos que es el que tiene la enfermedad del idioma, del desinterés por lo colectivo, en una sociedad donde la libertad la conseguías en el Ágora – se convierte en un *factum* en la cosmópolis, porque yo no puedo saber, por mucho que lea varios periódicos todos los días, qué está ocurriendo en Pakistán, cómo es la realidad en Siria, qué está pasando ahora mismo en Etiopía, cómo va la marcha de los procesos de los banqueros en Islandia, qué demonios ocurre en la Rusia de Putin... Quizás puedo tener algunos acercamientos, pero se me aleja. Por ello siempre he planteado que el concepto que más me ha interesado de la Unión Europea, es el principio de subsidiariedad, que implicaba que lo que puede hacer la parte más pequeña no lo haga la parte superior, pero que eso nunca implique que haya una dejación por parte de la parte superior de la suerte de la parte inferior.

Eso implica que en el contexto actual, hoy, en mayo de 2012, sabemos que los que vivimos en el espacio geográfico de Europa no tenemos solución

sin contar con esa realidad. En el corto plazo la solución de los españoles tiene que estar vinculada a Europa. Ahora bien, a otra Europa. Ello implica que vamos a tener que discutir nuestra asamblea constituyente con un ojo viendo a Europa. Igual que, aunque pudiera parecer extraño a los españoles y españolas, Europa nos mira. Igual que el 15-M supuso una llamada de alerta a todo el continente, que estaba esperando que eso se tradujera en algo más de lo que después resultó, si ahora fuéramos capaces de poner en marcha un proceso o asamblea constituyente, eso animaría poderosamente al resto de países de Europa que se verían en la obligación de plantearse lo mismo, ya que elementos como el Banco Central Europeo son contrarios a todas las peticiones de derechos sociales que están incluidas en el constitucionalismo europeo de posguerra. Hay que fijarse en cómo las constituciones de Alemania e Italia incluyen el derecho de resistencia a las autoridades cuando estas, de manera clara y flagrante, están tomando decisiones contrarias al contenido de la constitución. Eso nos facultaría ahora mismo a cualquier español o española para ejercer ese derecho de resistencia contra el gobierno de Mariano Rajoy o contra el de Artur Mas porque está recortando los derechos sociales que están en el artículo 1 de nuestra constitución.

La clave está en mirarnos los unos a los otros, pero resulta complicado con los obstáculos del mundo de hoy.

Claro. Ignorar nunca ha sido un derecho, y menos ahora. Un mundo global es crecientemente difícil de interpretar. Eso nos obliga a exigir elementos de cierta veracidad, lo cual a su vez nos remite a dos espacios que hemos perdido y que creo que hay que recuperar. Sobre todo una izquierda que quiera recuperar su lugar en el mundo y que tiene que recuperar lo que en su día significaron las internacionales, socialistas y comunistas, que vinculaban a una serie de partidos hermanos que te orientaban sobre lo que estaba pasando, de manera que si de repente había una crisis en Siria, tie-

nes información de primera mano por parte de tu partido hermano que te va a ayudar a interpretarlo. Eso se ha roto con la crisis de los partidos comunistas y su deriva (no hay que olvidar que el Partido Comunista de Nicaragua estaba con la Contra, frente a los sandinistas en los años 90). Los partidos comunistas han perdido esa posibilidad de convertirse en articuladores de una referencia válida, los partidos socialistas igualmente no tienen ningún tipo de vinculación. Eso es algo que nos deja huérfanos. El Foro Social Mundial pudo ser un espacio de referenciación pero a día de hoy eso tampoco funciona. ¿A qué partido miras para saber cual es la propuesta correcta en Francia o en Grecia? No es sencillo.

“Los especialistas que han trabajado la UE siempre han comido de un modo u otro de ella, y eso les dificultaba una mirada crítica”

El otro elemento es también la propia usurpación por parte de poderes económicos de los medios de comunicación. Ello dificulta de manera poderosísima la posibilidad de armarte un criterio válido de la realidad mundial. Todo lo que estoy planteando reclama una clarificación de los sujetos a los cuales miras, porque si no, te puedes equivocar. Tú puedes escuchar desde España algunas cosas de algún discurso francés y decir que te parece bien. Luego ves que el que lo ha proferido es Marine Le Pen y dices, por tanto, que algo falla.

Son demasiadas tareas. Es verdad que el consumismo capitalista nos arterioescleriza y que la comodidad te hace perder flexibilidad y la grasa se te acumula y tus movimientos son torpes. Pero al mismo tiempo, la complejidad del mundo dificulta dar respuesta a todos estos elementos, lo cual nos lleva también a la conclusión que nos contaba Jesús Ibañez: que los problemas intelectuales no te paralicen. Que no pierdas el movimiento, como el ciempiés interrogado por el sapo acerca de cual es la primera patita que pone en marcha para poder andar. Aunque no lo sepas, avanza cualquier

patita porque vas a ver que recuperas el movimiento. Yo creo que ahora mismo hace falta gente pensando para ayudar a clarificar esta confusión. Pero eso no puede, en ningún caso, dejar de lado la acción, puesto que si no, esos que sí tienen claro cuál es su modelo, que es sacar el máximo posible dando por sentado que esto ya se ha roto, van a terminar por hacerse sopa con nuestros huesos.

Ya que hablas de gente pensando, aprovecho para preguntarte por el rol de la academia en la presente situación. Una posibilidad es acercarse a la realidad mediante el uso de teorías explicativas que persigan cambios técnicos para salir de "la crisis del Euro" mediante, por ejemplo, el uso de los "eurobotos", una mayor o menor austeridad, los tipos impositivos, etc. Pero, por lo que has dicho, el futuro de Europa se juega en la discusión sobre el propio modelo. ¿Qué hay que hacer en la academia para trascender esta situación?

Yo creo que la academia oficial está muerta; como han demostrado las facultades de Economía, incapaces de prever la crisis o de buscar soluciones; como han demostrado las facultades de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, incapaces de prever los colapsos en los que estamos metidos; o las facultades de sociología, incapaces igualmente de entender la anomia social existente. Y no es porque no haya categoría, sino porque han sido tan rehenes de las instituciones que, al final, han escogido a quien servir. Entre la verdad y Platón, han escogido a Platón. Creo que la única academia que ha salvado el tipo es la academia crítica, que es la que está en disposición de explicar las situaciones de crisis. Crisis y crítica tienen la misma raíz. Han sido los economistas críticos los que han visto los efectos de este modelo de empobrecer a las masas y enriquecer a las minorías que iba a generar necesariamente problemas de subconsumo. Ha sido la Ciencia Política crítica la que viene diciendo, cuando menos desde 1992, que

ese modelo de construcción europea no funcionaba³. Es la sociología crítica la que establece cómo la sustitución del Estado social por un Estado penal genera problemas de fractura social.

Por tanto, la academia debe, por una parte, auto disolverse y, por otra, empezar a prestar atención y respeto a las miradas críticas a las cuales ha ninguneado, dejándola fuera de la bibliografía y no citándola. La Ciencia Social crítica también tiene que hacerse su propia autocrítica de por qué no tiene capacidades para tener mayor influencia. A lo mejor no ha sido capaz de aplicar herramientas más rigurosas o de utilizar una metodología más científica. A veces se ha decantado más por la publicística que por la ciencia, y eso ha ayudado a ser dejada de lado. Pero, en cualquier caso, solo una Ciencia Social crítica está en disposición de explicar un mundo crítico, un mundo en crisis.

En el ámbito concreto de la Unión Europea, seguramente nos vamos a encontrar con que apenas hay científicos sociales con una mirada que la cuestione, sobre todo porque mirarla amablemente siempre ha producido réditos económicos. Los especialistas que han trabajado a la UE siempre han comido de un modo u otro de ella, y eso les dificultaba una mirada crítica. Durante la discusión del Tratado Constitucional salieron unos treinta libros en Francia, unos cuantos de ellos críticos. En España se publicaron cinco o seis. Yo tuve la oportunidad de participar en uno de ellos⁴ y pude ver cómo éramos absolutamente alejados de cualquier debate. No hubo reseñas ni reconocimientos, mientras los mismos que hoy, desde la prensa, critican el *impasse* de Europa –que fueron los mismos que defendieron el Tratado de Lisboa, el Pacto de Estabilidad, etc.– todos estos años han sido invitados por el Parlamento Europeo,

la Comisión, la Fundación Elcano, el Gobierno y los grandes grupos de comunicación para hablar sobre eso a lo cual han contribuido a destrozar. En el momento en el que la academia es más amiga de Plátón, del dinero o del prestigio oficial, que de la verdad, no se puede esperar gran cosa.

Carlos González Villa
(Universidad Complutense de Madrid)

3 En MONEDERO, Juan Carlos (coord.). 1992. *El retorno de Europa: De la perestroika al Tratado de Maastricht*. Madrid: Editorial Complutense, planteábamos que "caída la Unión Soviética, Europa podía retornar a sí misma en cuanto asumiera elementos que tuvieran que ver con ese origen socialdemócrata de la Unión Europea".

4 MONEDERO, Juan Carlos (ed.). 2005. *La constitución destituyente de Europa: Razones para otro debate constitucional*. Madrid: Catarata.